

INTRODUCCIÓN SÁBADO SANTO: ENTERRAR A LOS MUERTOS

Lc 7, 11-16

Después Jesús se dirigió a una ciudad llamada Naín. Lo acompañaron muchos de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando se acercó a la puerta de la ciudad, vio que llevaban a enterrar al hijo único de una viuda. Mucha gente de la ciudad acompañaba a la madre. Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: **“No llores”**.

Luego se acercó al féretro y lo tocó, y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces Jesús dijo: **“Joven, a ti te digo, ¡levántate!”**. En ese momento, el que estaba muerto se incorporó y comenzó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. El miedo se apoderó de todos, y unos alababan a Dios y decían: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros», y otros más decían «Dios ha venido a ayudar a su pueblo.»

Esta obra de misericordia puede parecerse lejana durante la juventud; sin embargo nuestra propia muerte es una certeza. La lucha por vivir siempre acaba en derrota. Pero un cadáver inerte está revestido de la máxima dignidad, puesto que un día fue una persona amada por Dios.

Estamos invitados a acompañar y consolar a los que despiden a sus seres queridos, a *tocar el féretro*, como hizo Jesús con la viuda de Naím, a practicar la misericordia con quienes despiden a sus seres queridos.

Nuestro Dios no es un dios de muertos, sino de vivos. Jesús recuerda, a quienes quieren seguirle, que los muertos deben enterrar a sus muertos, mientras que los vivos anunciamos el Reino. Nosotros creemos que la vida continúa de otro modo más pleno. Jesús anticipa la promesa de la Resurrección.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

¿Te acercas a consolar a los que sufren, o evitas enfrentarte con el rostro de la muerte?

¿Tienes presente tu propia muerte, tu finitud?

¿Esperas y trasmites esperanza a la hora de la despedida final?

OTROS TEXTOS: Lc 9, 59-60.